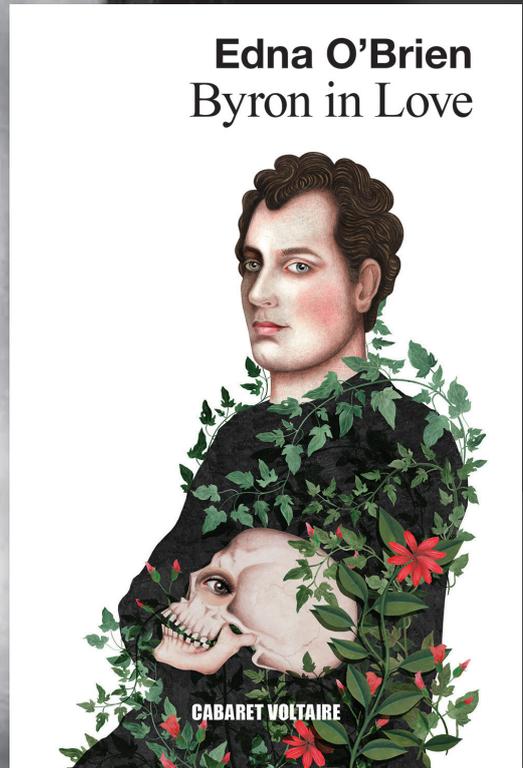


CABARET VOLTAIRE

**Edna
O'Brien**
Byron in Love



**2024 Bicentenario de la
muerte de lord Byron**

«Su retrato, audazmente coloreado, reescribe la vida de lord Byron con todo el brío y la elegancia que han dado fama a sus novelas.»

Sunday Telegraph

«Si quieres un galope inteligente a través de la vida de Byron, este es el libro que debes leer.»

The Spectator

«Edna O'Brien siempre ha tenido un don para escribir sobre asuntos del corazón...» *The Guardian*



Edna O'Brien

Byron in Love

2024 Bicentenario de la muerte de lord Byron

SINOPSIS. «En él, todo era paradójico: era introverso y extrovertido, guapo y deforme, serio y gracioso, derrochador y mezquino, y poseía una inteligencia deslumbrante enjaulada en la magia y la malicia de un niño. [...] Sus pasiones se desarrollaron muy temprano y generaron excitación, melancolía y anticipación ante la pérdida inevitable del “paraíso terrenal”. Amó a mujeres y a hombres, necesitó al “otro”, fuera quien fuera. Veía un rostro hermoso y se preparaba a “erigir y arrasar otra Troya”.»

Angelical y luciferino, lord Byron fue una suerte de estrella del rock *avant la lettre* y la figura más épica y carismática del Romanticismo. Impetuoso e insaciable, fue revolucionario en lo sexual y en lo político y la personificación de la rebeldía ante cualquier autoridad. Edna O'Brien, la gran escritora irlandesa, narra en estas páginas la novelesca vida de Byron, una vida jalonada por todo tipo de excesos y peripecias, prestando especial atención a las relaciones sentimentales que marcaron al poeta.

EDNA O'BRIEN (Tuamgraney, Irlanda, 1930), admirada por autores de la talla de Alice Munro, Philip Roth o John Banville, es sin lugar a dudas una de las escritoras más relevantes de nuestro tiempo y merecedora de un sinfín de reconocimientos, como los premios PEN/Nabokov al mérito literario, el Irish Pen a toda su carrera o la American National Arts Gold Medal. Su literatura se centra en la fuerza e independencia de las mujeres en un entorno hostil y rural, muy condicionado (cuando no asfixiado) por el nacionalcatolicismo, y de entre su nutrida producción cabe destacar títulos como *Las chicas de campo* (1960), *La chica de ojos verdes* (1962), *Un lugar pagano* (1970) o *Las sillitas rojas* (2015). Es a su vez guionista, dramaturga y autora de dos importantes biografías, una sobre Joyce —*James Joyce* (1999)— y otra sobre lord Byron —*Byron in Love* (2009)—. En la actualidad reside en Londres.

TRADUCCIÓN. Amado Diéguez posee una dilatada experiencia como traductor. Su labor se ha

centrado en obras de autores clásicos como William Shakespeare y Joseph Conrad, y de clásicos modernos como Ellen Glasgow, Tennessee Williams y Norman Mailer.

ARTÍCULO. *THE NEW YORK TIMES* (extracto). Gracias a los dioses de la literatura, George Gordon, lord Byron, nació en 1788, fuera del alcance de la psicofarmacología. *Byron in Love*, la biografía traviesamente cómplice de la novelista irlandesa Edna O'Brien sobre el gran poeta romántico y *enfant terrible*, pasa por alto la carrera literaria de su protagonista para mostrar el comportamiento disoluto de aquel a quien los críticos de Byron tacharon de «segundo Calígula».

La rapaz trayectoria del apetito del poeta por el sexo y la celebridad lo convierte en un ejemplo de lo que su contemporáneo y compatriota, el doctor J. C. Prichard, denominó «**locura moral**», una enfermedad de las pasiones que dejaba intacto el intelecto mientras que «el individuo es incapaz... de comportarse con decencia y propiedad en los asuntos de la vida». Hoy en día, catalogaríamos a Byron como un bipolar adicto al sexo cuyo conflicto edípico no resuelto lo mantenía esclavizado al padre que nunca conoció.

«Sus comienzos», relata O'Brien con sorna, «no fueron propicios: una madre indigente, malhumorada y caprichosa; un padre exiliado para escapar de las deudas; y el estigma de un pie deforme. Símbolo de castración», el deforme miembro derecho de Byron provocaría tal sobrecompensación que sus versos se vieron eclipsados por sus hazañas sexuales.

O'Brien prepara el escenario para divertir a sus lectores en lugar de aleccionarlos. «Su noche de bodas tuvo su correlato literario en las obras de Edgar Allan Poe: un telón carmesí que se incendia, un novio alucinado que cree estar en el infierno y que recorre la larga galería fantasmal con sus pistolas cargadas».

La crueldad parece haber sido una piedra angular de la personalidad de Byron, un **sadismo** desdichado y

Edna O'Brien

Byron in Love

2024 Bicentenario de la muerte de lord Byron

alegre nacido del odio a sí mismo. *Las peregrinaciones de Childe Harold* -los dos primeros cantos, publicados en 1812, constituían una invitación general a su fiesta de presentación **polisexual**- era claramente autobiográfico, y Byron calificó a su héroe de «personaje repulsivo».

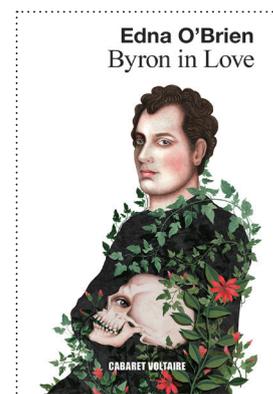
Quizás el hastío era inevitable para el joven que se convirtió en el sexto lord Byron a la edad de 10 años. Único varón entre sus primos, fue mimado por sus tías y tías abuelas, se dejó llevar por el egoísmo en lugar de aprender a moderar sus pasiones. Instalado en la abadía de Newstead, su hogar ancestral en ruinas, el niño llevaba pistolas cargadas en el bolsillo del chaleco y las disparaba cuando le apetecía, dentro o fuera de casa, satisfaciendo un gusto por los **excesos góticos** que más tarde lo llevaría a utilizar cráneos humanos como copas para beber y a viajar con una fiera que incluía pavos reales, monos y aves rapaces. El acoso al que le sometían en Harrow por su pie cojo le inspiró a cultivar su físico durante toda su vida y reforzó su desdén por las convenciones.

Matriculado en el Trinity College de Cambridge en 1805 (donde tenía un oso como mascota), Byron demostró una extravagancia y un desprecio por la autoridad que le granjearon una atención sin límites. Su amigo John Hobhouse observó que su capacidad para atraer a la gente era mágica, lo que le valió una popularidad que le permitió sumergirse, según O'Brien, en un «**abismo de sensualidad**». A los 17 años, se embarcó en ese tipo de aventura amorosa que «se castigaba con la horca» con un compañero que cantaba en el coro y más tarde se planteó casarse con una joven prostituta cuyos encantos le tuvieron secuestrado durante «una semana o algo así». En 1809 ya había zarpado a las órdenes del capitán Kidd en el obligado *grand tour* del joven noble, durante el cual no solo se procuró la inspiración para su poesía futura sino que también contrajo la sífilis -y, habiendo «sobrevivido» a todos sus apetitos, como escribió en su diario, la convicción de que «a los 23 años se acaba lo mejor de la vida».

Lo que siguió sería una reedición, pero habiéndose comprometido a «seguirlo en su *Rake's Progress*», O'Brien lo hace. Hasta su muerte a los 36 años, Byron siguió una trayectoria de abandono sibarita, viajando con un séquito hechizado por sus escapadas y aterrorizado por sus cambios de humor y su temperamento violento. La autopsia que se le practicó en el lugar de su muerte, Grecia, atestiguaba el precio que sus pasiones habían cobrado en su carne: el corazón muy dilatado y el hígado cirrótico. En Londres, donde su cuerpo fue enterrado, hubo que levantar una barrera alrededor del ataúd para protegerlo de la multitud de dolientes. Fue la mayor manifestación de lo que se dio en llamar **Byromanía**, pero no la última. **Kathryn Harrison**

CLAVES.

- Edna O'Brien nos narra de forma acertada, amena y con gran sentido del humor la vida amorosa de Byron. Un libro lleno de inolvidables y épicos episodios.
- Es la aportación de Cabaret Voltaire, de manos de la genial autora irlandesa, al Bicentenario de la muerte de Byron.
- Se completa el libro con un interesante álbum compuesto únicamente por los retratos para los que Byron posó, acompañados de la consiguiente explicación, cargada de anécdotas debido al complejo que sufría Byron con su aspecto físico.

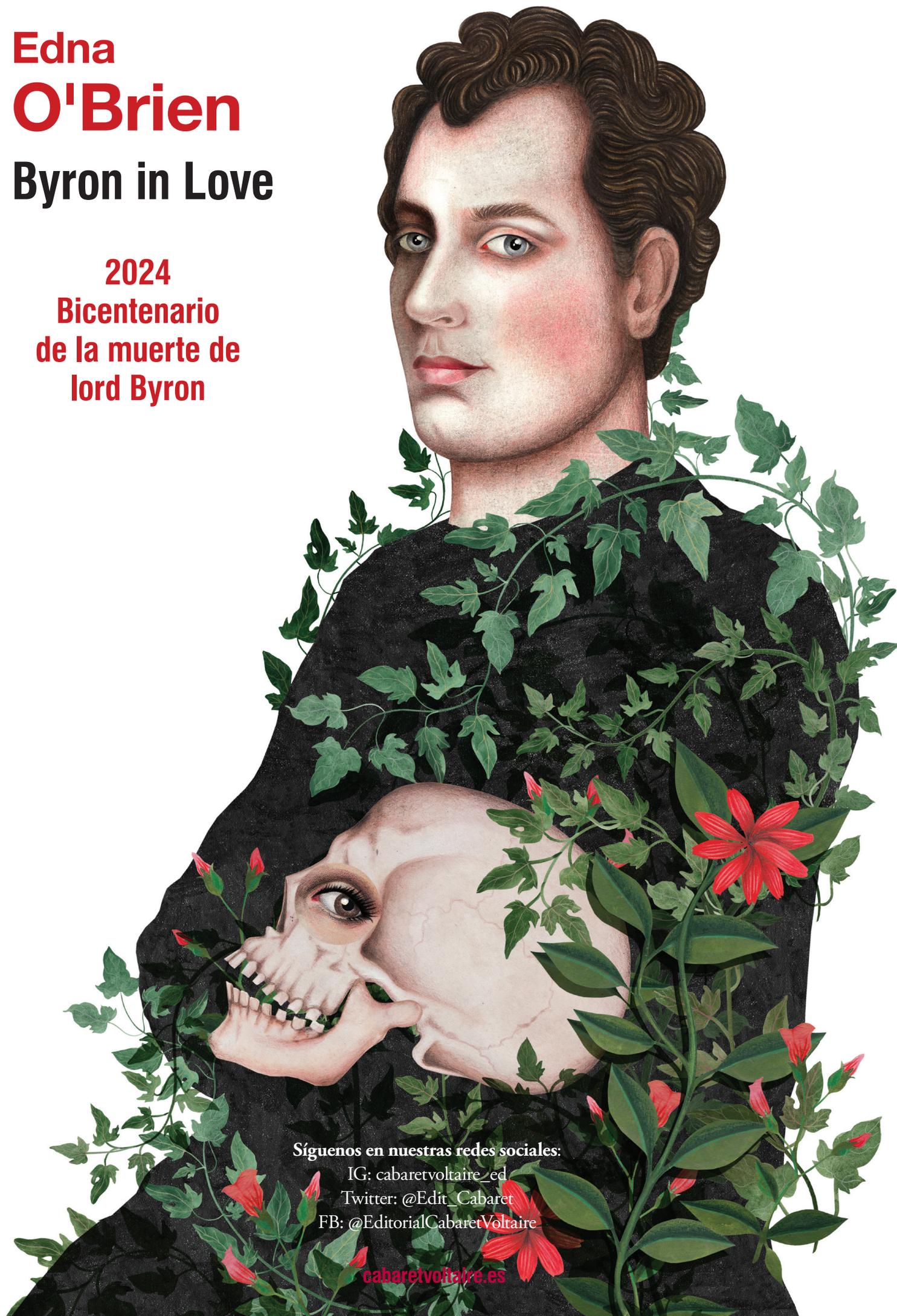


320 páginas
PVP 21,95

ISBN 978-84-19047-45-8

**Edna
O'Brien**
Byron in Love

2024
Bicentenario
de la muerte de
lord Byron



Síguenos en nuestras redes sociales:

IG: [cabaretvoltaire_ed](#)

Twitter: [@Edit_Cabaret](#)

FB: [@EditorialCabaretVoltaire](#)

[cabaretvoltaire.es](#)

EDNA O'BRIEN

BYRON IN LOVE

TRADUCCIÓN
AMADO DIÉGUEZ

CABARET VOLTAIRE

2024

PRIMERA EDICIÓN *abril 2024*
TÍTULO ORIGINAL *Byron in Love*

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©2009 Edna O'Brien
©de la traducción, 2024 Amado Diéguez
©de esta edición, 2024 Editorial Cabaret Voltaire SL

IBIC: BGL
ISBN-13: 978-84-19047-45-8
DEPÓSITO LEGAL: M-6039-2024
Printed in Spain

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA

Cubierta: Lord Byron ©2024 Sara Morante
Guarda: Edna O'Brien
©2006 Nigel Case/cortesía de Houghton Mifflin

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Ann Getty,
una admiradora de Byron*

Antes de decidirse a ser escritor, un hombre debería calcular su capacidad de resistencia.

LORD BYRON,
carta a Shelley, 1821

Todo lo que tenga algo que ver con la vida y la personalidad de un poeta tan ilustre como el lord Byron tardío es de propiedad pública.

J. MITTFORD,
Les amours secretes de Lord Byron, 1839

Pero las palabras existen, y una gota de tinta caída, como el rocío, en un pensamiento incita a la reflexión a miles, quizá a millones de
[personas.

LORD BYRON,
Don Juan, III, 88

Cuanto más se conozca a Byron, más se le querrá.

TERESA GUICCIOLI
en su lecho de muerte, 1873

INTRODUCCIÓN

En sus fundamentales apuntes críticos sobre *Antonio y Cleopatra* de Shakespeare, Harold Bloom afirma que Cleopatra es «el arquetipo de la estrella y la primera famosa de la historia del mundo»; tan famosa fue que llegó a eclipsar a sus célebres amantes —Pompeyo, Julio César y Marco Antonio— sin olvidar en ningún momento la pragmática necesidad de interpretarse a sí misma. Sin la menor duda, de Byron puede decirse que fue su homólogo, la primera e imperecedera celebridad, héroe y villano, amante y narciso, y, según la etiqueta que todos le colgaron en su día, «loco y malvado, alguien a quien resulta peligroso conocer».

El mismo Byron que escribió:

¿Por qué perseguir la fama? Por nada,
salvo por cierta porción en un incierto papel
[...]
porque los hombres escriben,
hablan o rezan, porque los héroes matan,
porque los poetas queman lo que llaman su vela
a medianoche solo por tener, cuando sean polvo,
un nombre, un miserable cuadro y un peor busto.

Existen ya muchos tratados, biografías y ensayos dedicados a lord Byron. Los hay eruditos, agudos, apasionados, prolijos, calumniosos, interesantes y fantasiosos; algunos lo elevan hasta la apoteosis, otros lo condenan a las cloacas. La biografía que en 1957 publicó el profesor Leslie Marchand es hercúlea, desveló mucho de lo que quedaba por desvelar y echó por tierra diversas afirmaciones e invenciones absurdas.

Así pues, ¿por qué otro libro sobre Byron?

Hace algunos años, al leer cierto comentario de lady Blessington —«[Byron] era la persona más extraordinaria y aterradora que conocí en mi vida»—, el personaje me atrapó de inmediato. Los escritores que hablan de otros artistas siempre me han llamado la atención: Rilke sobre Rodin y la misteriosa mediación entre el arte y la vida, los comentarios críticos de Virginia Woolf en los que la autora nos ofrece rápidas y diestras pinceladas del ser humano y del genio que habita en su interior, Thomas Hardy aguando la tinta o Dorothy Wordsworth recorriendo con su querido William un camino embarrado en busca de una cascada.

De igual modo, de Byron yo quería rastrear su carrera de libertino y su carrera de poeta, quería verlo jugando al billar en una casa de la campiña inglesa y pasándole notas clandestinas a una joven esposa bajo la atenta mirada de sir Wedderburn Webster, su dogmático marido; quería mostrarlo leyendo *Corina* de Madame de Staël en el jardín de su amante italiana y escribiéndole en inglés a la autora francesa una carta de amor

que ni ella ni su celoso marido podrían entender. Byron enamorado, Byron sumido en la melancolía y Byron intermitentemente «frenético» con John Murray, su paciente editor. Byron, que planificó para sí mismo un destino trágico y grandioso al embarcarse hacia lo que llamó «el hogar de la guerra» y unirse a la causa de la independencia griega, y que, sin embargo, murió de unas fiebres en las ciénagas de Mesolongi a la edad de treinta y seis años, con el rostro —aquel rostro de Adonis que había deslumbrado a toda Europa— cubierto de vendas y sanguijuelas.

De manera que me zambullí en los doce volúmenes de sus cartas y diarios, en los que alternativamente se revela como un hombre apasionado, herido, intelectual, jocosos, y como el arquetipo de Napoleón, don Quijote, don Juan, Robert Lovelace, Ricardo III, Ricardo II y, finalmente, Lear rodeado de bellacos y bufones. He leído muchas de sus biografías y las que se han escrito de lady Byron, histriónicos testimonios de un matrimonio que duró poco más de un año y que no solo fascinó a los tabloides y caricaturistas de la época, sino que suscitó la curiosidad de mentes tan elevadas como la de Goethe.

Byron, con sus odas y ditirambos, con sus burlas de *lo literario* —parejas a su ininterrumpido servicio a la literatura—, con sus bromas y coloquios con hombres y mujeres, con su escrupulosa disección de sus propios delitos, ha sido, durante dos años, una extraordinaria y desconcertante compañía.

UNO

Lord George Gordon Byron medía un metro setenta y cinco, tenía una malformación en el pie derecho, el pelo castaño, una palidez asombrosa, sienes de alabastro, dientes como perlas, ojos grises ribeteados por pestañas oscuras y un encanto al que ni mujeres ni hombres podían resistirse. En él, todo era paradójico: era introvertido y extrovertido, guapo y deforme, serio y gracioso, derrochador y mezquino, y poseía una inteligencia deslumbrante enjaulada en la magia y la malicia de un niño. Lo que escribió del poeta Robert Burns bien podría haber sido su epitafio: «Ternura, tosquedad, delicadeza, grosería, sentimiento, sensualidad, impureza y divinidad mezclados en un único ejemplar de inspirado barro».

Y era, además, un poeta gigantesco, aunque, como él mismo nos recuerda, la poesía es un talento de otra índole que no guarda más relación con el individuo que la que guarda la pitonisa con su oficio cuando se baja del trípode. Lejos de su púlpito, Byron se convierte en Byron el Hombre. Por lo demás, como él mismo admitió, Byron el Hombre no podía existir sin el objeto de su amor. Sus pasiones se desarrollaron muy temprano

y generaron excitación, melancolía y anticipación ante la pérdida inevitable del «paraíso terrenal». Amó a mujeres y a hombres, necesitó al «otro», fuera quien fuera. Veía un rostro hermoso y se aprestaba a «erigir y arrasar otra Troya».

Lo «byroniano» ha sido siempre sinónimo de exceso, de gestos diabólicos, de rebeldía ante rey o villano. Más que cualquier otro, Byron se ha convertido en la personificación del poeta rebelde, imaginativo, sin ley, por encima de cualquier raza, credo o frontera, y con defectos manifiestos pero redimidos por un magnetismo y, en última instancia, por un heroísmo que, al culminar en tragedia, lo elevaron a él y a lo que representaba de lo particular a lo universal, de lo individual a lo arquetípico.

DOS

Los comienzos no fueron propicios. En enero de 1788, Londres —al parecer, a raíz de una erupción volcánica en Islandia— atravesaba un invierno muy severo y estaba congelada —el Támesis permaneció helado varias semanas—. Catherine Gordon, la madre, de veintidós años, escogió para dar a luz —asistida por una comadrona, una enfermera y un médico— una habitación alquilada encima de un comercio de Holles Street. El parto fue tormentoso, el niño nació con la membrana fetal en la cabeza, algo que se tenía por señal de buena suerte, pero con el pie zambo, lo cual fue motivo de inquietud.

El padre, Jack Byron el Loco, no estuvo presente porque nada más regresar a Inglaterra fue detenido y apresado por moroso. Como prueba de solidaridad con la madre, que se encontraba sola en Londres, sin su errabundo marido, los administradores de sus bienes, que eran de Aberdeen, habían enviado a un joven abogado, el señor Hanson, para que le hiciera compañía. El pie del bebé estaba contraído en un muñón y la pantorrilla, atrofiada; un infortunio que, en su juventud, traería tormentos, burlas y humillaciones al futuro lord, quien,

a lo largo de los años, y por consejo de charlatanes y ortopedistas, tuvo que llevar braguero, hierros y varios aparatos en las piernas. Se han sugerido diversas causas de dicha deformidad, incluida la falta de oxígeno en los pulmones, pero Byron, siempre presto a fustigar a su madre, la achacó a la vanidad de haber llevado un corsé demasiado ajustado durante el embarazo. Para él, aquel pie zopo se convertiría en el signo de Caín, símbolo de castración y estigma que arruinó su vida.

El dinero, o más bien la angustiada falta de este, dominó el pensamiento de ambos progenitores durante aquellas semanas ventosas. Cuando escribió desde Francia a su hermana, Frances Leigh, Jack el Loco, que necesitaba algunos cuartos desesperadamente, descartó la posibilidad de que su hijo llegara a andar: «Es imposible porque tiene un pie deforme». La propia Catherine presionó a uno de sus administradores, que se encontraba en Edimburgo. Le confesó sus apuros y añadió que las veinte guineas que le habían enviado para el parto no eran suficientes, que necesitaba cien. Esperaba también que su libertino y temerario marido acabara apareciendo y que madre, padre y niño se reunieran en Gales o en el norte de Inglaterra, donde podrían vivir con menos y reavivar la efímera felicidad de la que había gozado la pareja tres años antes en Bath, durante el noviazgo. Vana esperanza. Al cabo de dos meses, Catherine volvió a escribir a Edimburgo con planes más radicales: «He de abandonar esta casa en el plazo de quince días, así que no hay tiempo que perder. Si no me

envían el dinero antes de ese día, no sé qué voy a hacer ni qué será de mí».

Bautizaron al niño George Gordon, por su padre, en la iglesia de Marylebone, donde Hogarth había ambientado algunos lienzos de la serie *El progreso del libertino*. Tristemente, los parientes lejanos de alcurnia del futuro lord —el duque de Gordon y el coronel Robert Duff de Fetteresso, escoceses— a quienes habían nombrado padrinos se ausentaron de la ceremonia. Catherine descendía de sir William Gordon y de Annabella Stuart, hija del rey Jacobo I. Los Gordon de Gight eran barones feudales que sojuzgaron el norte: impusieron el terror y la servidumbre, protagonizaron numerosos saqueos y violaciones y sembraron de hijos ilegítimos aquellas tierras. Unos fueron ejecutados en el patíbulo; otros, asesinados; algunos murieron a manos de sus propios parientes. El abuelo de Catherine se había arrojado al helado río Ythan, que discurría bajo las murallas del castillo de Gight, y encontraron flotando el cuerpo de su padre en el canal de Bath. Su madre había muerto joven, igual que sus dos hermanas, así que Catherine era la única heredera de una fortuna que dejaba una renta anual de treinta mil libras por participaciones en propiedades muy extensas, los derechos de la pesca del salmón del Banco de Aberdeen y los beneficios de unas minas de carbón.

A los veinte años se había mudado a Bath y era ya una de tantas futuras herederas en busca de esposo. No era guapa y, según Tom Moore, amigo y biógrafo